

LOS HOMBRES ILUSTRES

DEL

CRISTIANISMO.

EN un siglo en que parece preferirse la ciencia á la virtud y las apariencias del talento á las buenas costumbres, nada puede ser mas funesto á religion que la falsa idea de ser solo el patrimonio de los hombres sencillos y crédulos: de poder cualquiera con una crítica ilustrada, un poco de carácter, alguna energía en el raciocinio y un poco de filosofía sobreponerse á la creencia vulgar; de ser cierto que el cristianismo contaba en otro tiempo entre sus partidarios personajes famosos por su ingenio y sus virtudes, pero que eran solo cristianos de circunstancias, y no por conviccion, que estaban dominados por las preocupaciones de la infancia, guiados por el interes y contenidos por la política, y últimamente que aun no habia brillado esa filoso-

LOS HOMBRES ILUSTRES DEL CRISTIANISMO. 67
fía, que debia ser la gloria del siglo diez y ocho, y disipar todos los errores para establecer el reinado de sola la verdad.

Si escuchais á nuestros pensadores modernos, os dirán sin rodeos que ellos solos poseen los tesoros de la ciencia; que ántes de ellos la razon estaba en cierto modo eclipsada por las sombras del error y de la supersticion, y que la era del entendimiento humano solo empieza verdaderamente en la época de su feliz aparicion sobre la tierra. En los cristianos de todas las edades no ven mas que un vulgo crédulo y supersticioso: si les recordais los cristianos de la iglesia naciente, y les haceis observar que no debieron abandonar una religion tan suave, tan acomodada á las pasiones, y tan profundamente arraigada como el paganismo por abrazar una doctrina tan pura, tan severa y tan circundada de peligros y de persecuciones como la del evangelio, sino arrastrados, por decirlo así, por los mas poderosos motivos, os responderán que aquellos cristianos eran hombres ignorantes y groseros, hombres sin ciencia ni crítica, é incapaces de reflexion y de examen. Si les citais esos personajes ilustres que han brillado en los primeros tiempos del cristianismo, y á quienes se conoce con el nombre

de *Padres de la Iglesia*, quizá algun jóven incrédulo se sonreirá de compasion mirándolos como teólogos bárbaros sin gusto ni finura, que disertan fastidiosamente sobre sutilezas escolásticas, y de los que ningun caso debe hacer un hombre de talento. Si por último les traeis á la memoria esa série de grandes ingenios que desde la restauracion de las letras en Europa han profesado el cristianismo, se atreverán á suscitar dudas sobre su fe, graduándola de sospechosa ó poco ilustrada, cuando no la miren solo como un tributo pagado por los grandes hombres á la debilidad humana; de modo que en su sentir solo los presumidos ingenios incrédulos del siglo que acaba de pasar, y los que se declaran ya discípulos suyos, son los dignos maestros del género humano, y ellos solos los que rodeados de nuevas luces, fruto de nuevos descubrimientos, tienen derecho á que se les escuche como los oráculos de la razon.

¡Con qué ansia escucha una juventud inconsiderada estas halagüeñas mentiras! ¡Con qué placer se entrega á esas aserciones vagas y péfidas que se dirigen á libertarla del yugo de una religion importuna á sus pasiones predilectas! Si encuentra hombres irreligiosos que se hayan distinguido en el mundo sabio y literario, le

subyunga al momento su reputacion de ciencia é ilustracion: olvida todos los hombres grandes que la religion ha tenido á su favor en los siglos pasados: se persuade de que la fe no puede hermanarse con la ciencia y con las luces, y le falta poco para decir:

Yerro es creer en Dios, que solo ha sido
allá á nuestros abuelos permitido.

Examinemos todas estas pretensiones de la incredulidad moderna. Al efecto trataremos en esta primera conferencia de los grandes hombres que han profesado el cristianismo, y en la siguiente veremos lo que se debe pensar de esos incrédulos tenidos por hombres de ingenio.

¿Será pues cierto que la primitiva iglesia solo estaba compuesta de cristianos de las últimas clases de la sociedad? ¿Lo será que los doctores y padres de la Iglesia cristiana no tienen autoridad alguna á favor de la religion? ¿Y será verdad por último que en nada ó casi en nada debe tenerse la fe de los grandes ingenios que han sido cristianos en Europa de tres siglos á esta parte? He aquí tres cuestiones que van á ser objeto de esta conferencia

Si algun presuntuoso incrédulo nos hiciese la observacion de que los apóstoles escogidos por Jesucristo para ser los primeros fundadores de su religion eran hombres sin educacion ni ciencia, léjos nosotros de negarlo, lo confesaríamos públicamente. Sí, señores: los apóstoles no tenian por su nacimiento y condicion mas patrimonio que la ignorancia; no habian sido formados en las escuelas de Roma ni de Atenas; no estaban iniciados en los secretos de la naturaleza; les era desconocida la política, y eran débiles, pobres y sin crédito: sin embargo, esos doce ignorantes, esos pocos miserables pescadores de las orillas del Jordan, mas groseros y ménos astutos que los que habitan las riberas de nuestros rios, nos presentan el raro fenómeno de haber empezado en el mundo religioso y moral esta asombrosa revolucion que dura y se perpetúa hace diez y ocho siglos, y que todos los sabios de la Grecia apenas se hubieran atrevido á intentar en una sola ciudad; circunstancia que, como hemos demostrado en un discurso particular, descubre por sí sola en el cristianismo una solidez enteramente divina.

Si lleno de un soberbio desden aun nos repudiese un sabio del siglo, que los apóstoles no

habian procurado ilustrar mas que á los pobres, á los ignorantes y á los hombres oscuros del vulgo, en lugar de sonrojarnos por eso de la religion, en ello mismo reivindicariamos nosotros uno de los mas gloriosos títulos que le pertenecen, y que tanto la elevan sobre la filosofia humana. En efecto, la religion no ha ilustrado solamente á unas cuantas escuelas frecuentadas por los ricos y los afortunados del mundo; no señores, sus divinas lecciones se han hecho para todos; y como derivada del Padre comun de todos los hombres, á todos sin excepcion de clases, debia llevar la luz, la virtud y los consuelos; y por esto dijo S. Agustin que Dios se habia manifestado á los hombres con una bondad en cierto modo popular, *populari quâdam clementiâ* (1). ¿Pero será cierto por último que la iglesia naciente solo tuvo partidarios entre las clases mas pobres y mas oscuras? La incredulidad así lo supone; pero la historia dice lo contrario.

Abramos nuestros eyangelios, y veremos que Jesucristo, aun durante su vida, contaba entre

(1) *Contra Academ.* lib. III, cap. XIX, núm. 42. Bossuet, primer sermón, sur la nativité de J. C. hácia el fin.

sus discípulos á Nicodemus, uno de los gefes de su nacion; á Zaqueo, hombre rico y gefe de los Publicanos; á Jair, príncipe de la Sinagoga; á José de Arimatea, noble decurion, y á otros muchos personajes judíos, á quienes el temor impedia declararse abiertamente por él: verémos que apénas los apóstoles dan principio á su mision en medio de la Judea, cuentan ya en el número de sus discípulos á hombres ricos que venden sus bienes para socorrer á los indigentes y á los desgraciados; y verémos tambien someterse al Evangelio un gran número de sacerdotes, es decir, lo mas ilustrado que habia en toda la nacion. Sigámoslos en sus viages evangélicos, y entre los paganos ó judíos convertidos hallarémos en el camino de Gaza al valido de la reina de Etiopia, hombre poderoso, y superintendente de todos sus tesoros; en Cesarea al centurion Cornelio; en Pafos al prócsul romano Sergio Paulo; en Atenas á Dionisio, miembro del Areópago; en Efeso á Apolo, varon elocuente, y ademas á aquellos hombres curiosos de saber los secretos de la naturaleza, á quienes san Pablo hizo quemar los libros de una ciencia frívola, aunque eran de un precio considerable; en Corinto á Crispo, gefe de la Sinagoga, y á Erasto, tesorero de la ciu-

dad; en Roma á muchos de la casa del Cesar; en Tesalónica á aquellos judíos bastante hábiles para comparar la ley cristiana con los libros del antiguo testamento; en Colosas á los que eran bastante instruidos para que hubiese necesidad de advertirles que no se dejasen seducir por una vana y falsa filosofía, y por último en diferentes parages á aquellas mugeres distinguidas por su nacimiento y su clase, á quienes san Pablo y san Pedro exhortaban á abstenerse de peinados elegantes y de trages magníficos. Nadie puede tener á los cristianos que acabo de nombrar por hombres ignorantes y comunes, así como tampoco dudar que ademas de estos habria otros muchos cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Entre nuestros escritores sagrados hallamos á san Lúcas, médico de profesion, cuyo estilo mas puro denota un entendimiento cultivado por una educacion mas esmerada que los demas evangelistas. San Pablo era un sabio en su secta, y no ignoraba las letras humanas, pues cita pasages de tres poetas paganos, Eurípides, Arato y Epiménides; y el historiador de los apóstoles nos suministra, á lo que parece, una prueba de su elocuencia cuando nos refiere que en Listra le tuvieron por Mercurio, por quanto era el que llevaba la pa-

labra (1). Podría citar además á los Clementes de Roma, á los Ignacios de Antioquía, á los Policarpas de Smirna, discípulos de los mismos apóstoles, los cuales nos han dejado algunos escritos, y fueron mártires de la religion despues de haber sido sus defensores. Así es que apenas los apóstoles habian concluido su carrera, decia ya el pagano Plinio el jóven, gobernador de Bitinia, al emperador Trajano (2), en una carta que todo el mundo puede leer, que el cristianismo se habia propagado entre personas de todas clases y condiciones, *omnis ordinis*. ¿En dónde pues ha descubierto la incredulidad que el cristianismo no tuvo en su origen mas partidarios que hombres de las clases mas bajas y ménos ilustradas?

Los griegos engreidos con su vana sabiduría se gloriaban de la ciencia de sus filósofos, y de la elocuencia de sus oradores, y he aquí la razon por que S. Pablo escribía á los corintios, que toda aquella ciencia humana no habia sido capaz de sacar á los pueblos de su ignorancia y de sus extravíos; que para mas hacer resaltar la eficacia de su divina palabra habia escogido

[1] Act. apost. XIV, 11.

[2] Epist. XCVI.

Dios para anunciarla no á los doctos y á los sabios del siglo, sino que habia llamado á los ménos sabios segun el mundo para confundir á los sabios, y á los débiles para confundir á los poderosos. Es cierto que dice que entre los cristianos llamados á la fe no habia muchos distinguidos por el nacimiento, por la ciencia ni por las dignidades, *non multi* [1], pero no dice que no hubiese entre ellos ninguno de estas clases; segun hace observar Orígenes (2). En la sociedad cristiana sucedia entónces y sucede hoy lo mismo que en la sociedad civil; el mayor número de los que la componen no son sabios, oradores, poderosos ni ricos, y esto mismo sucederá siempre en toda sociedad humana, atendida la inevitable desigualdad de condiciones. Concluamos pues de todo esto, que es manifiestamente falso cuanto se dice de la ignorancia y grosería de los primeros cristianos.

Paso á la segunda cuestion: ¿Será cierto que los padres de la iglesia no tienen en esta materia autoridad alguna? Para hacer callar á esos espíritus frívolos y temerarios que quisieran tratar sin respeto á los doctores de la iglesia cris-

[1] I. Cor. I. 26.

[2] *Contra Cels.* lib. III. núm. 48, 49.

tiana, me bastaría oponerles el testimonio que de ellos ha dado uno de los ingenios mas grandes del siglo de Luis XIV. Oid pues lo que de ellos dice Fenelon en sus *Diálogos sobre la elocuencia* (1). „Eran ingenios elevadísimos, almas „grandes llenas de sentimientos heroicos, gen- „tes que tenían una maravillosa experiencia del „carácter y de las costumbres de los hombres, „y que habían adquirido una grande autoridad „y una grande facilidad para hablar. Se des- „cubre ademas que eran muy cultos, es decir, „perfectamente instruidos en todas las reglas de „la urbanidad, ya fuese para escribir, ya para „hablar en público, para la conversacion fami- „liar, ó para cumplir con todos los deberes de „la vida civil.” Es pues muy fácil probar que los padres de la iglesia, así llamados á causa de la grande autoridad que les dan sus escritos y virtudes, eran hombres muy versados en las letras humanas y en todas las ciencias de su tiempo; que su creencia era fruto del exámen mas detenido y de la mas profunda conviccion, y que por lo tanto su testimonio es siempre de un gran peso á los ojos de todo hombre sensato. En efecto, ¡qué serie de ilustres personajes

[1] Diál. III. Oeuvr. tom. XXI. pág. 102.

no presentan á nuestra vista los seis primeros siglos de la Iglesia cristiana!

San Justino, filósofo platónico distinguido por su ciencia, y por un hermoso ingenio, y que no obstante las preocupaciones de la educacion y los peligros que cercaban á cuantos profesaban el cristianismo, depone al pie de la cruz la vana sabiduría de las escuelas, abraza el Evangelio, se hace su apologista, y concluye siendo su mártir.

Tertuliano, nacido en medio del paganismo, talento robusto y fecundo, versadísimo en la jurisprudencia, en la antigüedad fabulosa, y en los principios de todas las sectas filosóficas.

San Clemente Alejandrino, que poseido de un deseo inmenso de saber, viaja por la Grecia, por el Asia, la Siria y el Egipto; trata en estos países á los hombres mas hábiles en cada clase, y termina sus expediciones científicas en Alejandría. Allí se entrega al estudio de la religion, y llega á ser gefe de la academia cristiana establecida en aquella ciudad, escuela célebre, en la que segun S. Gerónimo se sucedieron una serie de maestros llenos de ciencia y de virtudes, é igualmente versados en las sagradas letras que en la literatura profana. Allí fué donde S. Clemente compuso sus obras, y entre ellas su *Advertencia á los gentiles*, de la que

tanto se han valido los historiadores de todas las edades y de todos los pueblos, todas las sectas de filósofos, y los poetas de todas las naciones.

Orígenes, que á la edad de diez y ocho años era ya un portento de sabiduría, que fué la antorcha mas luminosa de su siglo, la admiracion de los filósofos paganos, y ante quien no se atrevió á seguir hablando el filósofo Plotinio un dia que le vió entrar en su escuela. San Gerónimo nos dice (1) que era muy versado en la dialéctica, en la geometría, en la gramática, en la retórica y la filosofía de todas las escuelas, y que reunia un concurso prodigioso de oyentes, á quienes con el aliciente de las ciencias humanas sabia atraer á la de la religion.

Eusebio, uno de los mas doctos escritores que ha habido jamas, estimadísimo por su erudicion, y cuyos escritos suponen investigaciones inmensas.

A todos estos que acabo de nombrar, defensores todos de la religion contra los judíos y los paganos, podria añadir tambien los apologistas siguientes. Teófilo de Antioquia, Arnobio, Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, Minucio

[1] *De Script. Eccles.* núm. 34.

Felix, que brilló en Roma por la elocuencia de sus defensas, y que luego que abrazó la religion cristiana compuso en la de esta un hermoso diálogo que conservamos todavía; S. Ireneo, san Cipriano, san Cirilo de Alejandría, san Basilio, san Atanasio, san Gregorio Nacianceno, san Crisóstomo, san Gerónimo, san Ambrosio, san Hilario, san Agustin, san Gregorio el grande con otros muchos, son tambien hombres cuyas obras no ménos que sus virtudes han sido consagradas por la veneracion de los siglos. Léanse algunos de sus escritos que nada tienen de raros ni voluminosos, como las *Epistolas* de san Gerónimo, *la Ciudad de Dios* de san Agustin, el *Discurso* dirigido á la juventud por san Basilio, *sobre la utilidad de los autores profanos*, y se verá que sus autores no ignoraban la literatura griega ni la latina, la historia, la fábula, ni los diversos ramos de conocimientos humanos de su tiempo; no nos admiremos pues de que un escritor célebre de nuestros dias haya dicho en el discurso preliminar que está al principio de la segunda parte de su *Curso de literatura* (1) „que

[1] La Harpe. *Discours sur l'état des lettres depuis la fin du siècle qui a suivi celui d'Aguste jusqu'au règne de Louis XIV.*

„estaban muy léjos Celso, Porfirio, y Symmaco
 „de poder competir en dialéctica con un Tér-
 „tuliano, en ciencia con un Orígenes, ni en ta-
 „lento con un Agustín y un Crisóstomo....
 „¿Qué inteligente imparcial no admirará en sus
 „escritos aquella mezcla feliz de elevacion y de
 „dulzura, de fuerza y de unción, de hermosas
 „mociones y de grandes ideas, y en general
 „aquella locucion fácil y natural, uno de los ca-
 „racteres distintivos de los siglos que han for-
 „mado época en la historia de las letras?”

Convencidos ya, señores, de no poder negar á los padres de la Iglesia ni el talento ni la ciencia, ¿cómo dejaremos de reconocer la autoridad de estos ilustres personajes, hombres tan graves, tan reflexivos, tan virtuosos y tan incapaces de precipitacion en sus juicios como de hipocresia en su conducta? ¿Se dirá que su fe era fruto de su ignorancia? No; no es posible; eran hombres muy ilustrados y muy sabios. ¿Se alegrará que creyeron sin exámen? Tampoco; por el contrario, habian estudiado tan profundamente la religion, que muchos de ellos han dejado doctísimas apologías de ella; conocian todas las objeciones de los enemigos, las exponen en sus escritos sin desfigurarlas, y disputan con tanta buena fe que nada disimulan, y ellos

mismos nos han dado á conocer lo que oponian contra el cristianismo los judíos y los paganos, tales como Celso, Porfirio, Juliano y Hierocles. ¿Se dirá que escribian por preocupaciones de la educacion? Mucho ménos. Gran número de ellos, como san Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Cipriano, Arnobio, Lactancio y Minucio Felix, habian sido criados en el paganismo. ¿Y quién ignora que san Agustín estuvo entregado á todos los errores y á todos los placeres ántes de convertirse al cristianismo? ¿Se dirá que se dejaron llevar del interés ó de la ambicion? ¿Pero qué interés podia haber en abrazar en los tres primeros siglos de la Iglesia una religion que solo atraia odios y persecuciones? ¿Qué clase de ambicion podia ser la de unos hombres que huian de las dignidades eclesiásticas con mayor conato que el que la ambicion pone en buscarlas, que no las aceptaban sino temblando, para dedicarse en ellas á la práctica de todas las virtudes, á todos los trabajos apostólicos, y para vivir en ellas con la sencillez y pobreza de solitarios! Tales han sido los Basilio, los Gregorios Naciancenos, los Crisóstomos y otros muchos que ocuparon las primeras sillas en medio de las ciudades mas florecientes del imperio romano. ¿Se dirá pór últi-

mo que no tenían en el corazón la fe que profesaban exteriormente? A la verdad, señores, que la prueba mas convincente de que se cree en el Evangelio, es practicar lo mas puro y santo que contiene, así como el testimonio mas vivo en favor de la religion es padecer y morir por ella; ¿y no han sido mártires de su fe san Ireneo, san Justino y san Cipriano? ¿No fué san Atanasio desterrado por ella cinco veces? ¿No murió san Crisóstomo en el destierro? ¿No fué san Ambrosio el blanco de la persecucion de los Arrianos y de la emperatriz Justina su protectora? ¿Y quién tuvo una vida mas pura y mas inocente que san Basilio y san Gregorio Nacienceno? Creo supérfluas mas pruebas acerca de la sinceridad de su creencia: queda pues suficientemente demostrado que la fe de los padres de la Iglesia era efecto de la conviccion mas profunda, mas meditada, é ilustrada, y que es una insigne temeridad mirar con desprecio su autoridad.

¿Pero no se nos podrá decir: „tambien Atenas y Roma han producido excelentes ingenios que han profesado el paganismo, tales como Sócrates, Platon, Aristoteles, Ciceron, Varon, Séneca y Plutarco? ¿Y deberémos por eso ser nosotros paganos? Y si esta no es una

„razon para serlo, ¿por qué tampoco hemos de „ser cristianos porque ántes de nosotros lo han „yan sido los padres de la Iglesia?” En esto, señores, no cabe paralelo alguno. Que los filósofos se declarasen exteriormente á favor de supersticiones en que habian sido criados, que hallaron consagradas por el uso y por las leyes, y que ademas eran tan favorables á las pasiones de que léjos de estar exentos eran mas bien esclavos, es una cosa muy natural y muy comun; pero que ingenios muy grandes, nacidos en el paganismo, se hiciesen cristianos á pesar de las preocupaciones de la infancia y de la educacion, del temor á las leyes, al destierro, á las pasiones y á la muerte, y aun contra el interese de las pasiones y el atractivo de los placeres; que estos grandes ingenios, llenos de conocimientos y de crítica, permaneciesen convencidos de la verdad de los hechos evangélicos; que perseverasen en una religion que todo lo tiene contra sí, si no tiene la verdad á su favor, y que practicasen las virtudes mas sublimes que ella inspira: es, señores, una cosa admirable, y que solo puede ser efecto de una íntima conviccion, y fruto del exámen mas profundo y detenido. Pera ser pagano bastaba seguir sus inclinaciones; pero para ser cristiano

es preciso combatirlas. He citado á favor de la religion hombres que creian en su doctrina hasta sacrificarlo todo por ella, miéntras que nadie ignora que los filósofos no creian en el paganismo, y que solo le respetaban en apariencia. En efecto, es un hecho que no trato de examinar, porque ninguna duda admite, que los sabios de la antigüedad pagana tenian dos doctrinas, una para ellos y otra para el pueblo; y que si exteriormente obraban como la multitud, estaban muy distantes de pensar como ella. La historia ó los escritos de los Sócrates, de Platon, de Ciceron y de Séneca atestiguan que si estos respetaban por política ó por miedo de las supersticiones populares, estaban muy léjos de hallarse convencidos de su realidad; y por esto los acusaba S. Pablo de haber retenido la verdad cautiva, y de haber conocido á Dios sin haberle tributado homenages.

En todo caso, señores, no es mi intencion presentaros ahora la autoridad de los Santos Padres como irrefragable en materias que no pertenecen á la religion y buenas costumbres; pero confesad que es muy poderosa y de un gran peso para hacer impresion en cualquier hombre razonable. Uno de los mas excelentes ingenios del mas excelente de todos siglos,

La Bruyére, no temió decir que se halla en las obras de los Santos Padres (1) „mas arte y de „licadeza, mas cultura y talento, mas riqueza de „expresion, mas nervio, rasgos mas vivos y gra- „cias mas naturales que en la mayor parte de los „libros que se leen con gusto, y que acreditan y „aun envanecen á sus autores. ¡Qué placer, añade, amar la religion y verla creida, sostenida y „explicada por tan grandes ingenios, y por entendimientos tan sólidos!”

Estamos ya en la tercera cuestion. ¿Es cierto que en nada debe tenerse el sufragio de los grandes hombres que de tres siglos á esta parte han sido cristianos en Europa?

Si para tener derecho á hablar de los grandes hombres que han profesado el cristianismo en Europa en los tres últimos siglos, fuese necesario estar profundamente versado en los diferentes ramos de conocimientos que han cultivado con tanta gloria; conocer á fondo sus obras y su doctrina, y estar en estado de juzgar de ellas y de hacer resaltar su mérito y sus bellezas, deberiamos condenarnos al silencio acerca de muchos de los que voy á traer á vuestra memoria; pero os ruego, señores, re-

[1] *Caracteres*, cap. XVI.
TOM. IV.